PALABRAS PARA ÇOUNDETTE

POR

RAFAEL CONTE

a F. R.

un absurdo deliberado, un juego de sucesivos despropósitos, tenaz, persistente como las cuerdas de un violín, y, en el fondo, enormemente desolado. Tú misma habías advertido inicialmente el peligro que nos amenazaba —mejor aún, que me amenazaba, ya que tú habías caído en él desde un principio, gozosamente. Aquello era una victoria de la lejanía, de la separación consabida, y en ese caso yo me confesaba de antemano derrotado. Pero me esforzaba en encontrar una mínima delicia en la derrota, como esa íntima satisfacción que produce ahondar en una herida, ese especial placer que se establece en el centro de todo sufrimiento. Se había alcanzado ya el equilibrio deseado, aunque sólo fuera por amor al simple equilibrio, y, una vez colocado en el centro de nuestra entera relación, no cabía el hundimiento, pues todo se hallaba hundido por entero. Sin peligro, sin caída, sólido como un profundo y limitado pozo, no menos temible por conocer sus determinadas dimensiones.

Cuando aparecieron la hoja y el espantapájaros, el suicida, la araña y el hombre que había leído un libro, se me ocurrió decir, en un esfuerzo desesperado, último y patético, que todas aquellas fábulas éramos nosotros, los cuatro comensales que devorábamos afanosa, lúcida y conscientemente, el cadáver de aquella relación inexistente. Todo estaba establecido ya. Desde el rígido carácter de una sonrisa, a la mirada voluntariamente opaca, desde la entonación invariable de una frase, siempre objetiva, tensa y cuidada, independiente de su propio contenido, hasta una despedida convencional, o un beso en la mejilla (como un enorme globo que albergara dentro de sí la noche, la ciudad, el viento y las estrellas, habiendo perdido la noción de sus límites, tal vez habiendo estallado a nuestro alrededor, sin que por un momento supiéramos nosotros, invisible y diminuto centro de una esfera celestial, si de verdad estaba viva, o, por el contrario, se había desvanecido en una inmensa explosión, tan lejana y apartada de ese centro inapreciable, que apenas se hubiera advertido esa desaparición).

Que no obstante afectaba a todos, de eso no puede haber duda, pero, era tan poderosa la voluntad de lejanía, que nada importaba el verdadero sentido de las cosas, los objetos, o los ojos, sino el sentido viejo y aprendido, ese significado establecido por nuestra —tuya— antigua y especial sabiduría.

El juego novelero, que entonces expresamente se inició, era como una especie de continuación, como si hubiera sido siempre anterior, ya comenzado, en una breve proposición de máscara pertinente, sólo válida como configuración determinada y concreta de lo que todos sabíamos de antemano. «Contar historias». Hice un tímido intento de compromiso, de romper la barrera contra la que gustosamente me aplastaba. Apunté que cada uno inventase una historia sobre otro de los presentes. El viento frío de aquella noche de otoño —de final de verano, seamos exactos para una perseguidora del sol— me estremecía violentamente, imponiéndose a mi cansada voluntad de rigidez, de compostura persistentemente guardada, y tal vez el no saber si lo que me hacía temblar era el frío o los violentos debates de mi lucha privada, me revestía de una esencial inseguridad, *feliz a pesar de todo.* (Esto sobrepasa mi capacidad de raciocinio. Es así. No lo entiendo del todo, pero procuro expresarlo dentro del esquema del sentimiento, del ahogo involuntario o la alegría sin motivo). Aquel paisaje, por tanto, era agradable y triste, contradictorio, como la belleza fascinante de una serpiente sin tragedia. Todavía insistí, tras los dos primeros capítulos. Dije que cada historia, aun deliberadamente imaginada, aun separada de su inventor, como primera base del programa, sería siempre reducible a su mismo autor. «Todo hombre es un narrador de historias, y él mismo son todas sus historias». Ante esta evidencia, el silencio que siguió me hizo temer que todo pudiera cambiar en un momento. Aquello exigió una respuesta, pero no hubo respuesta, simplemente. Sucedió como un silencio táctico, como una espera reducida a despojar a una verdad de su sentido, convirtiéndola así en una mera sucesión de sonidos, mecánica sonora desprovista de significado, cacofonía u onomatopeya, válida mientras se produjo, e inexistente a su desaparición, como si nunca hubiera sido pronunciada. Y por encima de ese puente inútil, apoyándose en lo anterior y sin cruzar ese abismo innecesario, ya que nadie intentó, ni quiso, llegar a la otra orilla, otro de los cuatro comensales —agua tónica, cocacola, corto con leche, leche fría— devanó suave, despiadada e irónicamente otra historia infeliz.

Tu historia misma, mendaz, irrisoria e inútil, se me reveló como una enorme defensa. Aquella hoja que se cayó del árbol, muerta de risa por las cosquillas producidas por un gusano, que desde el suelo

se elevó hacia la calva de un benemérito señor, también enfermizamente propenso a la hilaridad, se me definió como todo un programa, poco prometedor ciertamente, pero no despojado de una desencantada valentía. Percibí entonces todo tu esfuerzo por seguir viviendo en medio del desánimo, por continuar valorando esas pequeñas satisfacciones materiales —el sol mismo, esa piedra roja en la que te abrasas con avidez casi sexual— que años de profundidades místicas nos acostumbraron a despreciar, por seguir nublando tu sonrisa con esa mirada anodina, o por alegrar tus ojos tontos con la inmensa y fresca y redonda rotundidad de tu sonrisa, por seguir en pie combatida por el escepticismo, por la lucidez de una inteligencia vigilante y una voluntad inempleada, por ese afán de desnudez, de ascético despojo, encontrando y apreciando las minúsculas, diminutas e inadvertidas verdades, sutilmente introducidas en los pequeños detalles despreciables, encontrando allí una razón de sentir, poderosa, violenta, esquemática y feroz, como punto de apoyo de tu vida humilde, triste y alegre, tragicómica a tus ojos, y enormemente ejemplar y seductora para los míos.

No creo que la palabra humilde sea apropiada, que pueda subsumirse con las restantes que te dedico. Es como una palabra exterior, de superficie, que sólo describe tu inmensa y total despreocupación, tu descuido de esos valores tan altos que el hombre suele apropiarse convirtiéndolos en personales, en vicios o virtudes, en la vanidad de un concepto moral, o en el goce orgulloso de un problemático pecado. Ese camino de perfección te impone el desaliento y la separación, ese paroxismo de libertad que te comprime, y esa suave y dulce tristeza de no saber amar como quisieras. Pero nadie manda sobre tu voluntad, ni tú misma acaso, a no ser esa irresistible suavidad de tus sentidos. Así, sólo importa una imperceptible inquietud ante la mirada ajena —los otros, Çoundette, los otros— en un paseo por París en bicicleta, o tu pelo rubio enfrentado desordenadamente con un posible juicio, tu andar tardo, pesado, de poderosos muslos desencajados, tus caderas de tierra, el escudo imborrable de tu sonrisa administrada, poco perdurable, el jersey, la falda sucia o los innumerables pantalones. La actitud de honesta veracidad con que te separas de una estética convencional, descalza, —otra vez tus dientes ilimitados—, con una manga del jersey sobre tu boca, atando y desatando muchas mangas vacías, juguetes por llenar de carne, el saco al hombro (la pérdida turística de una posible personalidad, del tiempo y las palabras y los nombres, esa pérdida milagrosa de aquello que sostiene el mundo, que sólo dió lugar a una mueca de disgusto ante una grosería burocrática, simple, estúpida e inútil, ya que la tierra se conoce caminando, y eso no lo sabe el cónsul, ni la oficina de pasaportes, aunque tal vez lo supiera aquel joven

empleado de las veinticinco últimas pesetas), como digo, el saco que muchas veces se interponía entre tú y yo, pesado y vacilante, que a mi vez me agradaba llevar, como una ingenua supresión del obstáculo, ese saco al que amaba por barrera, y que hoy me haría feliz con su desaparición, si no fuera porque a la vez desapareciste tú, como pérdida también en un simple y sencillo viaje de placer, resbalando silenciosamente desde el capot luminoso de un automóvil dubitativo hasta confundirse —como el saco— en la tierra polvorienta de un camino desconocido.

Los recuerdos se confunden en el tiempo perdido, se yuxtaponen y entremezclan como en una múltiple violación. Los recuerdos hoy existen detrás de mi persona, y me hacen respirar, caminar, escribir todavía, luchando contra mi antigua circunstancia, el mismo paisaje sabido, la oficina diaria, las viejas tabernas de vino dorado, y se balancean (los recuerdos) sobre una realidad titubeante, oscilando desde lo ridículo a lo trágico.

Porque hubo siempre instantes que estás empeñada en desconocer, momentos pausadamente sutiles que podían suponer un compromiso, un deseo, una carga volitiva, y que era preciso reducir a sensaciones para que no nos —te— amenazaran demasiado. ¿Recuerdas tu vieja casa? A pesar de los cambios imperceptibles, que tú acusabas con sensibilidad patética, como una ofensa para el especial orden establecido de tu mundo, aquella casa vulgar, impersonal, seriada, se te imponía con una fuerza insospechada, que hacía peligrar tu monolítica falta de convicciones. Por ello tuviste que volver, encumbrada en lo alto de tus viejas alpargatas, de tu saco gris, con la inexpresiva mirada atenta en verdad a descubrir motivos, razones que sustentaran una vez más tu lejanía, que demostraran a una lúcida mente positiva la provisionalidad de todo aquello, del año pasado en aquella casa, y de la misma verdad del momento —provisional y efímero también— que estabas viviendo a mi lado.

Tus viejas historias, Çoundette, son pardas y amarillas, y la protagonista en ellas retratada tal vez sea un viejo y difunto familiar, recuerdo pálido en un álbum fotográfico, anécdota italiana para aleccionar muchachitos excesivamente racionales, historia y no tierra —claro—, palabras y no actos, aunque sea mi deseo que éstas que hoy te escribo se alojen en algún lugar de tus sentidos.

Volveré otro día a revivirte así, cansada, con grandes ojeras abultadas, los ojos velados por una suave debilidad, cercana —sí— de mí, en abrazo irracional o beso sin sentido, delante de un trozo de tu vida

que —por una vez— no te parecía infantil, o ridículo, sin el poder de tu lejanía, junto a la casa, la desaparecida pastelería, el sereno in

espantapájaros y la marioneta era otra de las historias que aquella noche que vuelvo a describir se relataron, y era ingeniosa, un cuento-espectador que no dijimos ni tú ni yo, sino un excelente y buen comensal del banquete fúnebre, sensibilidad desgarrada y asustadiza, sin razones no obstante para la posible valentía que hoy le exijo. El cuento del suicida era más viejo, más tonto y trágico a la vez, una especie de exordio para la importancia. La muerte del suicida arrepentido era una concesión al valor del accidente, como si todos nuestros objetivos, los valores ordenados, la vida albergada en el sistema establecido careciera de realidad ante una cáscara de plátano, ante un ac

a la vieja noche fría del temblor, a las vueltas sempiternas a una plaza odiada, café, café, muchas veces rodando, tejiendo una estéril tela de araña, como la pobre araña inocente de mi cuento, que se moría de hambre por no matar a las moscas. Tuvo que salir a pedir limosna hasta que la mataron porque era un animal peligroso. Pequeñas moscas burguesas, cumplidoras de un exacto deber, sistemáticas hasta para la muerte, pobres seres humanos destinados a su hueco, su oficio, su nicho vespertino, para que todo ruede, siga rodando en este vacío repleto de ideas, palabras y sistemas, de orden, felicidad y paraíso futuro, como un enorme pez relleno, suave, comestible e invertebrado, je m'en fous, que suelen aniquilar a los animales peligrosos.

Porque todo esto que escribo, qué le vamos a hacer, no forma parte de tu mundo, debe serte absolutamente extraño, y nadie es culpable de ello, a no ser una voluntad, una razón y un cuerpo, estableciendo un hálito de autenticidad, de valentía, organizando su propio y desordenado universo, contra el que me aplasto con mis palabras y mis besos y mis actos podridos por esta vieja madre que yo temo, el agua que me rodea, inmensa, y me deja empapado de seguridad, sabiduría y esa gracia irónica que convierten a un hombre en promesa, en ciudadano, en triunfador resistente y astuto, máscara omnipotente minada por infinitos gusanos, ídolo dorado de todas las familias, las profesiones y las patrias, mimado desde una infancia inocente hasta una tumba numerada bajo las oraciones de los santos. (No sé si se trata aquí de una descripción —tu persona, como una piedra—, o de una confesión exasperada.)

Me hubiera gustado sorprender hace dos años tu original aprendizaje, los escalones sucesivos de tu figura, la enseñanza del desapego,

la construcción, a base de honradez y limpios ojos tontos, de tu propia y merecida persona. Tu imparcialidad y tu pasión, tu cabeza clarificada de historias y ciencias, tu sólida versión de una humanidad sin mitos. Pero esto son aplicaciones que tú misma rechazarías, con toda seguridad. La pesada figura de Çoundette deambulando en medio de tanta y tanta tontería, inteligencia abierta sin ofensa, despreocupada sin limitaciones, teniendo tanto que ver con este mundo—teniéndolo todo que ver—y rechazando el mundo de los otros, se me aparece como principio y fin, antes no había nada, después ya no habrá nada, y estoy aposentado en el después.

Erase una vez un hombre que había leído un libro. Esta fué la última historia, antes de las vueltas y las circunvalaciones a la glorieta madrileña sembrada de gris, sin estrellas, con semáforos vacilantes, vueltas y más vueltas sin saber bien qué encontrar, o qué buscar, persistiendo por tu parte en no perder nada de aquello, de la ciudad, de la tierra, que luego formaría parte de ti, y yo sé que soy un trozo, un grano, un asomo de acto, de pequeña realidad resistente al tiempo, ese tiempo que será ya tuyo para siempre y yo con él.

El libro aquel le enseñó todo al hombre. Le enseñó a vivir, a respirar y a llorar; a juzgar y a ser juzgado. Siempre lo leía, porque en el libro estaba todo, y él tenía aquel poder que nace de la verdad, de lo eterno. Su felicidad era enorme, inusitada, y a veces sentía una absoluta sensación de omnipotencia. Era padre, y sacerdote y militar, todo podría serlo con abrir aquellas páginas perfectas, blancas y metálicas, que nunca se rompían o arrugaban, donde las viejas y exquisitas letras, venidas desde siempre hacia él, se alineaban en la más exacta y universal formulación que jamás pudiera darse. Sin fin.

¡Cómo me aburre este cuento, Çoundette! Lo rechazo, me rebelo contra un sentido que me ha revestido de mi cara, de mi nombre y de mis actos, ahora sí, lo siento—y esto es importante—con una insensata alegría, con una excelente y terapéutica frialdad. Soy un animal peligroso. Pero también esto sobra, ya que todo lo que suene a declaración de principios es algo absurdo e irracional, impensable, como un calendario o un alfabeto, como las falsas matemáticas de fiestas —sagradas u oficiales—los numeritos alojados en millones y millones de rostros-esclavos, creyentes o agnósticos, insensibles para el dolor y el gozo de la tierra y el mar. Viniste del norte al sol, del sol a la noche fría, para enseñarme esto, con la inexpresable sensación de la inutilidad de tus lecciones, porque *esto es así*, y todo se reduce a comprender. Tus anchas y viejas manos de campesina, duras como el barro seco,

de carne desmoronada y quemada por su propia inocencia, se abren y se cierran sobre las mías, ahora sobre mis ojos cansados, con la inmensa suavidad de los bosques. Pienso en ti como en todo, y soy feliz así, sintiendo tu cuerpo poderoso, tus hombros espléndidos, consecuentes, poseídos de fortaleza, estar dentro de mí, formarme para siempre con la única suavidad que existe: la de la inexpresada y mutua posesión de la tierra. Te gusta ese poderío de la tierra, la pasión de los hombres y la violencia de los cuerpos. Admites la pendular proyección alternativa de tus grandes muslos, de tus caderas ilimitadas —venías por el pasillo, dormida, bamboleándote de muro a muro, con toda tu fuerza en el cansancio— y la exaltación infinita de tu sexo poderoso, abierto al mundo y a mi persona como un alegre insulto que no ofende, como una exaltación de eso que los hombres llaman amor, castidad esencial de lo saludable, de lo querido por sano y por perfecto, porque se configura con la belleza de los árboles y las montañas. ¡Qué gran cosa es el mundo, Çoundette, qué gran cosa es la vida que estamos empeñados en destruir! He terminado un largo camino de comprensión, y he sido removido, agitado, conmovido por mis células, mis nervios, mi razón y mis sentidos, lanzado en tromba sobre mí mismo, absorto en el camino, y atónito en este tiempo vertiginoso que me empeñaré siempre en reproducir.

Es difícil el anclaje en esta sencillez tan pavorosa. Espero que me ayudes poco a poco, lentamente, confiando ya más en lo pasado que en un futuro deliberadamente evitable. Porque así es mejor, más ingenua, sencilla y ascética, esta relación eternamente interrumpida, que ha encontrado su razón en lo que fué —en lo que es, tout simplement— sin la podredumbre del proyecto, o la egoísta perversión del tiempo que vendrá. Tiempo que, indudablemente, será nuestro sin pretensiones, sin proponérselo nadie, porque todo ha sucedido con su completo significado, y ahora ya no pido nada a nadie, y todo está perfectamente bien.

El hombre aquel de mi cuento, que había leído un libro, poseso del poder y la sabiduría, quiso un día comunicar con alguien. «Ya lo he leído; no me gustó», fué la respuesta que le dieron, que le dió aquella mujer verídica, con la que se había tropezado por la calle. Fueron casi las últimas palabras que cayeron sobre el mármol de la mesa fría, lección irónica y vulgar con la que alguien terminaría una fábula moral. Prometo no hacerlo más.

La terre a bougé, sin tantas pretensiones como en la cita, se ha movido simplemente dentro de mí, como la mueca descubierta ante

un espejo, rígida, ridícula y sin sentido, debe sufrir la enorme convulsión de su vacío. Así sucede en este instante revivido, en este presente perdido en que mis palabras prosiguen incansables, insaciables, como una marea torrencial, abstracta y absurda, lentamente creciente, subiendo y asc

Estoy viendo ahora el cabaret enrojecido, fácil y versallesco, puritanamente frívolo, en el que descubrí parte de tu vida y el dije dorado y tembloroso que se perdía entre tus senos, irreprimiblemente desbordados. Gota a gota caías sobre mí, lluvia sobre la tierra seca, ávida del agua y del fresco sabor de las estrellas. (El saco en medio, gris pardo frente al rojo, a las lámparas y al terciopelo afeminado, áspero en su verdad, hoy ya perdida). La enorme sencillez de tus palabras —perdóname las mías— y esa voz cálida, resuelta y susurrante, que podría escucharse nítidamente en medio de una tempestad. Lógica, exacta y objetiva, sentí que aquello era real, hasta aunque no lo fuera. Despacio, muy despacio, me sentí repentinamente lleno de un estilo, de una manera de pensar terrena, aparentemente fácil y concreta, como si tu cuerpo, tus palabras, —esa voz rigurosa de sonido tan suave— y tus gestos apenas iniciados, hubiesen construído un mundo que yo quería para mí.

Tal vez suceda, querida Çoundette, que mi retrato no coincida contigo, que mis pensamientos y estas palabras te falseen, y entonces tú juzgarás desde tu lejanía, en tu pequeño cuartito —merde, París, querido— y desde tu esencial separación. Debes saber, y sé que no es precisa aclaración alguna, que ya no importa nada, que todo está completo, y que esta acción de gracias que hoy te envío no necesita nada más. Vive ya sola, separada de mí, separada de ti que tanto has hecho por ella sin saberlo casi. Corresponde a la necesidad de limpieza que has despertado en un hombre, simplemente, sin pretenderlo, fuera de tu propia lógica de pensar, ante ese espectáculo irreprimible de una libertad casi inhumana.

Y estas palabras humildes, ceñidas, someras pese a su ambición, siguen silbando en mis oídos con una persistencia ilimitada, con la grandeza y la frescura del olor del universo, formando una historia sin anécdota, sin formas y sin futuro, pero siempre esperanzada. Es un canto perseguido, amenazado desde que te fuiste, y eternamente presente. El temblor de aquella noche, tus pasos tardos y enérgicos, mi jersey sobre tu cuerpo, el mirar mortecino de tus ojos cenicientos, y unos labios bruscos, como de cierva súbita, se van sucediendo ante mí

a un ritmo múltiple, sucesivamente lento y rápido, imagen tras palabra, sonido alternativo de tus frases y las mías, simultáneo entrechocar de mis recuerdos y mis reflexiones, lúcida tu figura inquietante sin intentarlo, mundo aparte, sereno y habitado por toda la gracia de la tierra,

Madrid, 14-15 Septiembre, 65

Rafael Conte
Virgen del Portillo, 7
MADRID-17